

CAPÍTULO VIII

Establecimiento del Comité de salvación pública. - Reunión demagógica en el Obispado. - Acusación de Robespierre contra los cómplices de Dumouriez y los girondinos. - Acusación de Marat. - Petición de las secciones de París reclamando la expulsión de veintidós diputados. - Resistencia del Ayuntamiento a la autoridad de la Asamblea. - Triunfo de Marat. - Estado de las opiniones y marcha de la revolución en las provincias. - Posición de la Bretaña y de la Vendée. - Insurrección de los vendeanos: sus principales jefes.

La defección de Dumouriez, el lastimoso estado de nuestros ejércitos, y los inminentes peligros á que se veían expuestos así el territorio como la revolución, exigieron todas las medidas violentas de que acabamos de hablar, obligando á la Convención á ocuparse por último del proyecto, tantas veces discutido, de comunicar más fuerza á la acción del gobierno, concentrándola en la Asamblea. Después de proponer diversos planes, acordóse por fin el de un comité llamado de *salvación pública*, compuesto de nueve individuos; sus deliberaciones debían ser secretas; estaría encargado de vigilar y acelerar la acción del poder ejecutivo, y hasta podría suspender sus acuerdos cuando los creyese contrarios al interés general, dando cuenta á la Convención. También se le autorizaba para adoptar, en las circunstancias urgentes, medidas de defensa interior y exterior; y los acuerdos firmados por la mayoría debían llevarse á ejecución en el acto por el poder ejecutivo. No se instituyó este comité sino por un mes, y sólo podría expedir orden de prisión contra los agentes ejecutores (1).

Para formar el comité fueron nombrados: Barrere, Delmas, Breard, Cambón, Juan Debry, Dantón, Guytón de Morveau, Treilhard, y Lacroix d'Eure-et-Loir; pero después se agregaron tres suplentes, Roberto Lindet, Isnard y Cambaceres. Aunque este comité no reunía aún todos los poderes, tenía una influencia inmensa; comunicábase con los comisarios de la Convención, les daba sus instrucciones, y podía substituir á las medidas de los ministros las que se le antojaren. Por Cambón tenía la hacienda, y con Dantón debía adquirir la audacia y la influencia de este poderoso jefe de partido. Así, pues, por el efecto creciente del peligro, se marchaba hacia la dictadura.

Recobrados del terror que infundió la deserción de Dumouriez, los partidos comenzaron por imputarse la complicidad, y el más fuerte debía necesariamente agobiarse al más débil. Las secciones y las sociedades populares, por las cuales comenzaba todo comunmente, tomaban la iniciativa para denunciar á los girondinos con peticiones y mensajes.

Teniendo en cuenta cierta doctrina de Marat, habíase organizado una nueva reunión más violenta aún que todas las demás. Marat había dicho que hasta entonces no se había hecho más que *charlar* sobre la soberanía

(1) El comité de salvación pública fué decretado en la sesión del 6 de abril.

del pueblo; que según esta doctrina bien entendida, cada sección era soberana en su círculo, y podía revocar á cada instante los poderes que había conferido. Los más furiosos agitadores, apoderándose de este principio, pretendieron en efecto ser diputados por las secciones, para reconocer el uso que se hacía de sus poderes y atender á la salvación de la causa pública. Habíanse reunido en el Obispado, y aseguraban estar autorizados para corresponderse con todas las municipalidades de la república, titulándose por esto *Comité central de salvación pública*. De aquí partían las proposiciones más incendiarias; y se resolvió ir en cuerpo á la Convención, á preguntar si contaba con medios para salvar la patria. Esta reunión, en la cual se habían fijado las miradas de la Asamblea, atrajo también las del Ayuntamiento y de los jacobinos. Robespierre, que deseaba sin duda el resultado de la insurrección, pero que temía el empleo de este medio, y que tuvo siempre miedo en la víspera de cada trastorno, se pronunció contra las resoluciones violentas discutidas en estas reuniones inferiores, persistiendo en su política favorita, que consistía en difamar á los diputados á quienes se creía infieles, y perderlos en la opinión antes de emplear contra ellos ninguna otra medida. Muy aficionado á las acusaciones, temía el uso de la fuerza, prefiriendo á la insurrección las luchas en las tribunas, donde no había peligro y recaía en él toda la gloria. Marat, que tenía á veces la vanidad de la moderación, como todas las demás, denunció la reunión del Obispado, aunque fueran suyos los principios según los cuales se formó. Enviáronse comisionados para asegurarse de si los individuos que la componían eran hombres de un celo exagerado, ó bien agitadores á quienes se pagaba; y cuando se reconoció que sólo eran patriotas demasiado ardientes, la sociedad de los jacobinos, no queriendo excluirlos de su seno, según lo había propuesto, mandó formar la lista de sus nombres para poder vigilarlos, proponiendo una desaprobación pública de su conducta, pues según ella no debía haber más centro de salvación pública que el ya existente. Así se preparó y fué criticada de antemano la insurrección del 10 de agosto. Todos aquellos que no tienen audacia para obrar, los que ven con disgusto á otros adelantarse, desaprueban las primeras tentativas, por más que quieran el resultado. Sólo Dantón guardaba profundo silencio acerca de estos actos, sin aprobar ni desaprobando á los agitadores subalternos, porque era poco inclinado á triunfar en la tribuna con largas acu-

siones. Prefería los medios de acción, que en sus manos eran inmensos, pues tenía á su disposición la gente más inmoral y turbulenta de París. Sin embargo, ignorábase si obraba ocultamente, pero de todos modos su silencio era amenazador.

Varias secciones condenaron la reunión del Obispado, y la del Mallo presentó con este motivo una enérgica petición á la Asamblea; pero la de la Buena-Nueva fué por el contrario á leer un mensaje en el cual denunciaba como amigos y cómplices de Dumouriez á Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, etc., pidiendo que cayese sobre ellos la cuchilla de la ley. Después de acalorados debates en sentido contrario, los peticionarios recibieron los honores de la sesión; pero se declaró que en lo futuro no escucharía la Asamblea más acusación contra sus individuos, y que toda denuncia de este género sería depositada en el comité de salvación pública.

La sección de la Alhóndiga, que era una de las más violentas, hizo una nueva petición, bajo la presidencia de Marat, y enviola á los jacobinos, á las secciones y al Ayuntamiento, para que la aprobasen y fuese solemnemente presentada á la Convención por el corregidor Pache, después de haberla sancionado todas las autoridades de la capital. En esta petición, circulada de uno á otro punto, y generalmente conocida, decíase que una parte de la Convención se había pervertido, que conspiraba con los agiotistas, que era cómplice de Dumouriez, y que se la debía reemplazar con suplentes. El 10 de abril, mientras que la petición circulaba por las secciones, indignado Petión, pide la palabra para una cuestión de orden. Pronúnciase, con una vehemencia nada común en él, contra las calumnias de que es objeto una parte de la Convención y pide medidas represivas. Dantón, por el contrario, reclama una mención honorífica en favor de la petición que se prepara. Irritado Petión quiere que se envíe á sus autores al tribunal revolucionario; pero Dantón responde que los verdaderos representantes, fortalecidos por su conciencia, no deben temer la calumnia, inevitable en una república; y que por otra parte, no se ha rechazado aún á los austriacos, ni hecho la Constitución, siendo por lo tanto dudoso que la Asamblea haya merecido elogios. Insiste después para que dejen de ocuparse de las quejas particulares, aconsejando á cuantos se crean calumniados que se dirijan á los tribunales. Entonces se deja á un lado la cuestión, y habiendo vuelto Fonfrede á reproducirla, se vuelve á desechar de nuevo. Robespierre, apasionado por las contiendas personales, insiste en tratar del mismo asunto, pidiendo que se descorra de una vez el velo; y habiéndosele concedido la palabra, profiere la más amarga é infame acusación que aún se hubiese permitido. Es preciso fijarse en este discurso, que demuestra cómo consideraba la conducta de sus enemigos en su sombra inteligencia.

Según él, además de la alta aristocracia, desposeída en 1789, existía otra en la clase media, tan vanidosa y despótica como la primera, y cuyas traiciones se sucedían á las de la nobleza. La revolución franca no le convenía, y necesitaba un rey con la Constitución de 1791 para asegurar su dominio.

Los girondinos, añadía, eran los jefes. Ya en tiempo de la Asamblea Legislativa se habían apoderado de los ministerios por Roland, Claviere y Serván; después de

perderlos, quisieron vengarse por el 20 de junio, y en la víspera del 10 de agosto trataban con la corte y ofrecían la paz á condición de que se les devolviese el poder. El mismo 10 de agosto se contentaban con suspender al rey, no abolían el trono, y nombraban un ayo para el príncipe real. Después del 10 de agosto se apoderaban otra vez de los ministerios, calumniando al Ayuntamiento para matar su influencia y asegurar una dominación exclusiva. Formada la Convención, invadían los comités, y continuando sus calumnias contra París, presentaban á esta ciudad como foco de todos los crímenes, y pervertían la opinión pública por medio de sus diarios y de las inmensas sumas consagradas



Roberto Lindet

por Roland á la distribución de los más pérfidos escritos. En el mes de enero, por último, oponíanse á la muerte del tirano, no por interés hacia su persona, sino para favorecer á la monarquía. «Esta facción, añadía Robespierre, es la única causa de la guerra desastrosa que ahora sostenemos. La ha querido para exponernos á la invasión del Austria, que prometió un congreso con la Constitución de 1791; ha sabido dirigirla pérfidamente; y después de servirse del traidor Lafayette, se utilizó del traidor Dumouriez, para conseguir el fin que se propuso hace tanto tiempo. Al principio fingió indisponerse con Dumouriez, pero la enemistad no era formal, porque en otro tiempo le elevó al ministerio por medio de su amigo Gensonné é hizo que se le consignaran seis millones para gastos secretos. Dumouriez, entendiéndose con la facción, salvó á los prusianos en el Argona, cuando los pudo aniquilar. Ciertamente que en Bélgica alcanzó una gran victoria; pero la necesitaba para obtener la confianza pública, y tan pronto como la adquirió, abusó de todos modos. No invadió la Holanda, que habría podido ocupar desde la primera campaña; se opuso á la anexión á Francia de los países conquistados; y el comité diplomático, de acuerdo con

él, no descuidó cosa alguna para alejar á los diputados belgas que pedían la reunión.

»Los enviados del poder ejecutivo, á quienes Dumouriez trató tan mal porque vejaban á los belgas, fueron todos elegidos por los girondinos, quienes convinieron en enviar trastornadores, á los cuales se perseguiría públicamente para deshonorar la causa republicana. Dumouriez, después de atacar la Holanda demasiado tarde, vuelve á Bélgica, pierde la batalla de Neerwinden, y Miranda, amigo de Petión y su hechura, es quien decide con su retirada la derrota. Dumouriez se repliega entonces, enarbolando el estandarte de la rebelión, en el momento mismo en que la facción excitaba las sublevaciones del realismo en el Oeste. Todo estaba, pues, preparado para este momento. Habíase confiado á un ministro pérfido la cartera de Guerra para aquella circunstancia importante; el comité de seguridad general, compuesto de todos los girondinos excepto siete u ocho diputados fieles que no asistían, no hacía cosa alguna para evitar los peligros públicos; y así no se había omitido nada para el mejor éxito de la conspiración. Se necesitaba un rey, pero todos los generales pertenecían á Igualdad: esta familia se agrupaba alrededor de Dumouriez; con él estaban sus hijos, su hija y hasta el intrigante Sillery. Dumouriez comienza por manifiestos, y en ellos dice todo cuanto los oradores y escritores de la facción decían en la tribuna y en los diarios: «que la Asamblea se componía de hombres malvados, excepto una pequeña parte sensata; que París era el foco de todos los crímenes; que los jacobinos eran desorganizadores que producían la perturbación y la guerra civil, etc.»

De este modo explica Robespierre la defección de Dumouriez y la oposición de los girondinos. Después de haber desarrollado extensamente este artificioso tejido de calumnias, propone enviar al tribunal revolucionario á los cómplices de Dumouriez, á todos los Orleáns y sus amigos. «En cuanto á los diputados Guadet, Gensonné, Vergniaud, etc., añade con maligna ironía, fuera un sacrilegio acusar á tan honrados hombres, y reconociendo mi impotencia respecto á ellos, me atengo á la sabiduría de la Asamblea.» Las tribunas y la Montaña aplaudieron á su virtuoso orador. Los girondinos se indignaron al reconocer aquel infame sistema, en el que entraba tanto un odio pérfido como una desconfianza natural de carácter, porque en aquel discurso se notaba un arte singular para hacer los cargos y prevenir las objeciones; y Robespierre había demostrado en esta cobarde acusación más verdadero talento que en todas sus declamaciones ordinarias. Vergniaud se lanza entonces á la tribuna con el corazón oprimido, y pide la palabra con tal viveza, con tales instancias y resolución, que se la conceden, dejándole hablar por fin sin interrupción las tribunas y la Montaña. Vergniaud opone al meditado discurso de Robespierre el que improvisa con el calor del más elocuente y del más puro de los hombres.

«Aún me atreveré, dice, á contestar al señor Robespierre, y sin emplear tiempo ni arte para responderle, porque sólo necesito mi alma. No hablaré ciertamente por mí, porque sé que en tiempos de revolución se agita la hez de las naciones y domina por un instante á los hombres de bien. Mi voz, que más de una vez sembró

el terror en este palacio, contribuyendo á precipitar la tiranía, se elevará también contra los malvados que quieren substituir con su propio despotismo el de la monarquía.»

Entonces contesta á cada uno de los cargos de Robespierre lo que todos podrían contestar por el simple conocimiento de los hechos. Dice que provocó el destronamiento por su discurso de julio; un poco antes del 10 de agosto, dudando del éxito de la insurrección, y no sabiendo siquiera si se efectuaría, indicó á un enviado de la corte lo que ésta debía hacer para reconciliarse con la nación y salvar la patria. El 10 de agosto ocupaba su puesto cuando tronaba el cañon, mientras que el señor Robespierre se escondió en una cueva. No hizo decretar el destronamiento, porque la lucha era dudosa, y propuso nombrar un ayo al delfín, porque en el caso de mantenerse la monarquía, una buena educación dada al joven príncipe aseguraba el porvenir de Francia. Él y sus amigos hicieron declarar la guerra porque ya lo estaba de hecho, y porque valía más declararla abiertamente y defenderse, que sufrirla sin hacerla. Él y sus amigos entraron en el ministerio y en los comités llamados por la voz pública. En la comisión de los veintiuno de la Asamblea Legislativa se opusieron á que se abandonase París, y prepararon los medios que Francia desplegó en el Argona. En el comité de seguridad general de la Convención trabajaron constantemente, y en presencia de sus colegas, que podían inspeccionar sus tareas; mientras que Robespierre abandonó el comité, sin presentarse nunca. No han calumniado á París, y sí á los asesinos que usurpaban el nombre de parisienses deshonorando la capital y la república. No han pervertido la opinión pública, pues por su parte no ha escrito una sola carta, y lo que Roland circuló era conocido de todo el mundo. Él y sus amigos pidieron la apelación al pueblo en el proceso de Luis XVI, porque no creían que en una cuestión tan importante se pudiera prescindir de la adhesión nacional. En cuanto á él, apenas conocía personalmente á Dumouriez, y no le había visto más que dos veces, la primera al volver del Argona, y la segunda á su regreso de Bélgica; pero Dantón y Santerre le veían, le felicitaban, le agasajaban, y convidábanle todos los días á comer. En cuanto á Igualdad, no le conocía tampoco; únicamente los montañeses le conocieron y trataron, y cuando los girondinos habían hablado contra él, aquellos le defendieron siempre. Así, pues, ¿qué se podía echar en cara á él y á sus amigos?.. ¿Acaso ser cabezillas é intrigantes. Ellos no corren á las secciones para agitarlas, ni ocupan las tribunas para arrancar decretos por el terror, ni han querido jamás que se eligiesen los ministros en las asambleas de que eran individuos. ¿Se les acusará de ser moderados?.. No lo eran el 10 de agosto cuando Robespierre y Marat se escondían; éranlo en septiembre, cuando se asesinaba á los prisioneros y se saqueaba el guardamuebles.

«Bien sabéis, dijo Vergniaud al concluir, que he devorado en silencio las amarguras y disgustos con que me afligen hace seis meses; bien sabéis que he sabido sacrificar á mi patria los más justos resentimientos; bien sabéis que á riesgo de que se me tilde de cobardé y se me acuse de culpabilidad, exponiéndome á comprometer el poco bien que aún puedo hacer, he sabido abste-

nerme de hacer luz sobre las imposturas y la maldad de Robespierre. ¡Ojalá sea este día el último que perdamos en escandalosas discusiones!»

Vergniaud solicita después que se llame á la sección de la Alhóndiga, mandándola traer sus registros.

El talento de Vergniaud había cautivado á sus mismos enemigos: su buena fe y patética elocuencia interesaron y arrebataron á la mayoría de la Asamblea, y por todas partes se le prodigaron pruebas de afecto. Guadet pide después la palabra; pero al verle la Montaña, silenciosa hasta entonces, prorrumpe en gritos terribles. Suspended la sesión, hasta el 12 no obtuvo Guadet la palabra para contestar á Robespierre, y lo hizo de tal modo que excitó las pasiones mucho más vivamente que Vergniaud. Según él, nadie había conspirado; pero las apariencias, si las había, estaban mucho más en contra de los montañeses y jacobinos, que habían tenido relaciones con Dumouriez é Igualdad, al paso que los girondinos estaban indispuestos con los dos. «¿Quién se hallaba con Dumouriez, exclama Guadet, en los jacobinos y en los teatros? Vuestro Dantón.—¡Ah!, me acusas, grita Dantón; aún no conoces mi fuerza!»

El fin del discurso de Guadet quedó aplazado para el día siguiente, y llegado el momento, continúa atribuyendo toda conspiración, si es que existe, á los mismos montañeses. Al acabar lee una exposición que, como la de la Alhóndiga, estaba firmada por Marat; era de los jacobinos, y aquél la firmó como presidente de la sociedad. Contenía las siguientes palabras, que Guadet leyó á la Asamblea: *¡Ciudadanos, armémonos! La contrarrevolución está en el gobierno, en el seno mismo de la Convención. ¡Ciudadanos, marchemos contra ella!*

«¡Sí, grita Marat desde su sitio, marchemos!» Al oír esta palabra, sublévase la Asamblea y pide el decreto de acusación contra Marat. Dantón se opone, diciendo que los dos lados de la Asamblea parecían estar de acuerdo para acusar á la familia de Orleáns y que era preciso por lo tanto enviarla ante los tribunales, pero que no se podía acusar á Marat por un grito lanzado en medio de una discusión tempestuosa. Se contesta á Dantón que los Orleáns no deben ser juzgados en París, sino en Marsella; y como quiere continuar hablando, no se le escucha ya, y se da la preferencia al decreto de acusación contra Marat: Lacroix pide que se le arreste en el acto. «Puesto que mis amigos, grita Marat, han perdido toda delicadeza, sólo pido una cosa: el decreto se ha propuesto para promover un alboroto; dejad que me acompañen dos gendarmes á los jacobinos, para que yo vaya á recomendarles la paz.» Sin dar oídos á esta ridícula salida, se arresta á Marat, ordenando la redacción del acta de acusación para el día siguiente á las doce.

Robespierre corre entonces á los jacobinos para expresar su indignación, elogiar la energía de Dantón y la modestia de Marat, y les recomienda que se mantengan tranquilos, á fin de que no pudiera decirse que París se había amotinado para libertar á un jacobino.

Al día siguiente fué leída y aprobada por la Asamblea el acta de acusación, que tantas veces propuesta contra Marat, siguió su curso formalmente en el tribunal revolucionario.

El proyecto de una petición contra los girondinos era el que había ocasionado estas violentas explicaciones entre los dos lados de la cámara; pero nada se resolvió

sobre el asunto, ni tampoco podía resolverse, porque la Asamblea no tenía fuerza suficiente para contener la agitación que produjeron las peticiones. Prosiguióse activamente el proyecto de una exposición general de todas las secciones, y se convino en redactarla con uniformidad; de cuarenta y tres secciones se habían adherido treinta y cinco; el consejo general del Ayuntamiento la aprobó, y el 13 de abril se presentaron en la barra los comisarios de dichas treinta y cinco secciones con su corregidor Pache á la cabeza. Esto era en cierto modo el manifiesto con el cual declaraba el Ayuntamiento de París sus intenciones, amenazando con la insurrección en caso de negativa. Lo mismo que había hecho antes del 10 de agosto hacía en la víspera del 31 de mayo. El orador de la diputación, Rouselin, procedió á la lectura. Después de hacer un resumen de la conducta criminal de cierto número de diputados, pedíase que se les expulsara de la Convención, y enumerábanse sus nombres. Eran veintidós, á saber: Brissot, Guadet, Vergniaud, Gensonné, Grangeneuve, Buzot, Barbaroux, Salles, Biroteau, Pontecoulant, Petión, Lanjuinais, Valazé, Hardy, Louvet, Lehardy, Gorsas, Fauchet, Lanthenas, Lasource, Valady y Chambón.

Aplaudieron las tribunas la lectura de estos nombres, y advirtiéndole el presidente á los peticionarios que la ley les obligaba á firmar su petición, se apresuraron á hacerlo. Únicamente Pache, deseando prolongar su neutralidad, permanecía detrás de todos, y al pedirle su firma, contesta que no es del número de los peticionarios, y que sólo le ha encargado el consejo general que los acompañe. Sin embargo, al ver que no podía desentenderse, adelántase y firma la petición, recompensándole las tribunas con ruidosos aplausos.

Boyer-Fonfrede se presenta al punto en la tribuna y dice que, si la modestia no era un deber, solicitaría se le agregase á la gloriosa lista de los veintidós diputados. La mayoría de la Asamblea, dejándose llevar de un generoso impulso, exclama: «¡Que nos inscriban á todos, á todos!» Al pronunciar estas palabras, apresáranse á rodear á los veintidós diputados, maniéstales el más vivo interés, se les abraza, y la discusión, interrumpida por aquella escena, se aplaza para los días siguientes.

Vuelve á empeñarse el debate en la hora fijada, y comienzan de nuevo las reconveniones y justificaciones entre ambos lados de la Asamblea. Algunos diputados del centro, haciendo uso de varias cartas escritas sobre la situación de los ejércitos, proponen ocuparse de los intereses generales de la república, dejando á un lado las cuestiones particulares. Consíentese en ello, pero el 18 preséntase una nueva petición contra la derecha, que reproduce la de las treinta y cinco secciones. A la vez se denuncian varios actos del Ayuntamiento: por uno de ellos se declara en estado de revolución permanente; y por el otro establece en su seno un comité de correspondencia con todas las municipalidades del reino. Hacía ya mucho tiempo, efectivamente, que trataba de comunicar á su autoridad puramente local un carácter general que le permitiese hablar en nombre de Francia, rivalizando en autoridad con la Convención. El comité del Obispado, disuelto por consejo de los jacobinos, tuvo también por objeto poner á París en comunicación con las otras ciudades; y el Ayuntamiento trataba ahora de reemplazarle, organizando dicha

correspondencia en su seno. Vergniaud toma la palabra y combate á la vez la petición de las treinta y cinco secciones, los actos que se imputan al Ayuntamiento, y los proyectos que su conducta revela, pidiendo que la petición sea declarada calumniosa, y que se ordene al Ayuntamiento presentar sus registros á la Asamblea á fin de conocer los acuerdos que ha tomado. Estas proposiciones son admitidas, á pesar de las tribunas y de la izquierda. En aquel momento, la derecha, sostenida por la Llanura, comenzaba á triunfar en todas las decisiones: había conseguido que se nombrase presidente á Lasource, uno de los más fogosos diputados, y aún contaba con la mayoría, es decir, la legalidad, débil recurso contra la fuerza, y que sirve cuando más para irritarla.

Los oficiales del Ayuntamiento, citados á la barra, se presentan atrevidamente para someter sus registros á las deliberaciones, y parecen esperar la aprobación de sus acuerdos. En estos registros constaba: 1.º, que el consejo general se declaraba en estado de revolución hasta que no estuviesen aseguradas las subsistencias; 2.º, que el comité de correspondencia con las cuarenta y cuatro mil municipalidades se compondría de nueve individuos, quienes trabajarían incesantemente; 3.º, que se imprimirían doce mil ejemplares de la petición contra los veintidós, para ser distribuidos por el comité de correspondencia, y 4.º, que el consejo general se consideraría como violado cuando uno de sus individuos, un presidente ó secretario de sección ó de club, sufriera persecución por sus opiniones. Este último acuerdo se adoptó para proteger á Marat, á quien se acusó por haber firmado como presidente de sección una exposición sediciosa.

El Ayuntamiento, según vemos, resistía abiertamente á la Asamblea, y en cada punto debatido adoptaba una resolución contraria á la suya. Si se trataba de subsistencias, constitúyase en revolución cuando se rehusaba apelar á los medios violentos. Si era cuestión de Marat, escudábale con su autoridad; y si de los veintidós, apelaba á las cuarenta y cuatro mil municipalidades, poniéndose en correspondencia con ellas para pedirles en cierto modo poderes generales contra la Convención. La oposición era completa en todos los puntos, é iba además acompañada de preparativos revolucionarios.

Apenas terminada la lectura de los registros, Robespierre el menor pide los honores de la sesión para los oficiales del Ayuntamiento. La derecha se opone; pero la Llanura vacila, y dice que acaso sería peligroso desairar á los magistrados á los ojos del pueblo, negándoles un honor tan insignificante, que se concedía á los más simples peticionarios. En medio de estos tumultuosos debates se prolonga la sesión hasta las once de la noche; la Llanura y la derecha se retiran, y sólo quedan ciento cuarenta y tres individuos de la Montaña para dispensar los honores de la sesión á la municipalidad parisiense. Este Ayuntamiento, que en el mismo día era declarado calumniador y rechazado por la mayoría, tributándole sólo el honor de la sesión la Montaña y las tribunas, debía estar profundamente irritado, y constituirse en punto de reunión para todos cuantos quisiesen derrocar la autoridad de la Asamblea.

Marat había sido enviado por fin al tribunal revolucionario, y á la energía de la derecha, que arrastró en pos de sí á la Llanura, se debió su acusación. Todo acto

enérgico honra á un partido que lucha contra una fuerza superior, pero también apresura su caída; y los girondinos, al perseguir valerosamente á Marat, no hicieron más que prepararle un triunfo. El acta decía en resumen, que habiendo Marat excitado con sus escritos al asesinato y la matanza, al envilecimiento y disolución de la Convención Nacional, y á la creación de un poder destructor de la libertad, se decretaba contra él la acusación, enviándosele al tribunal revolucionario. Los jacobinos, los franciscanos, todos los alborotadores de París, en fin, se pusieron en movimiento á favor de este filósofo austero, «formado, según decían, por la desgracia y la meditación; que unía á un alma de fuego una gran sagacidad y profundo conocimiento del corazón humano, que sabía descubrir á los traidores en su carro triunfal, cuando el vulgo estúpido los incensaba aún. Los traidores, añadían, los traidores pasarán; pero la reputación de Marat comienza ahora.»

Aunque el tribunal revolucionario no se hallase constituido entonces como lo estuvo más tarde, Marat podía, no obstante, ser condenado; pero la discusión duró apenas algunos momentos, pues el acusado fué absuelto por unanimidad, entre los aplausos de la numerosa multitud que había acudido para presenciar el juicio, que se efectuó el 24 de abril. Al momento le rodea una multitud de mujeres, de descamisados provistos de picas, y varios destacamentos de las secciones armadas; apodéranse de él, y le conducen á la Convención para depositarle en su asiento de diputado. Abren la marcha dos oficiales del Ayuntamiento, y Marat, elevado en hombros de algunos zapadores, con la frente ornada de una corona de encina, es paseado en triunfo en medio de la sala. Un zapador que se ha destacado de la comitiva, se presenta en la barra y dice: «Ciudadano presidente, aquí os traemos al bravo Marat; Marat ha sido siempre el amigo del pueblo y éste será siempre amigo de Marat. Si es preciso que caiga la cabeza de Marat, antes caerá la cabeza del zapador.» Y al decir esto, el horrible peticionario blandía su hacha y aplaudían las tribunas con espantoso tumulto. El zapador pide para la comitiva el permiso de desfilar por la sala. «Voy á consultar á la Asamblea,» contesta el presidente Lasource, consternado ante aquella repugnante escena. Sin embargo, no se quiere esperar el cumplimiento de esta formalidad, y por todas partes se precipita la multitud en el salón; varios hombres y mujeres se diseminan por el recinto y ocupan los sitios que han dejado vacantes los diputados á quienes repugnaba aquel espectáculo. Marat llega por fin, y transmitido de manos en manos, se le prodigan ruidosos aplausos; desde los brazos de los peticionarios pasa á los de sus colegas de la Montaña, y se le abraza con las mayores demostraciones de alegría. Sepárase, por último, de sus compañeros, corre á la tribuna y declara á los legisladores que viene á ofrecerles un corazón puro, un nombre sin mancha, y que está dispuesto á morir para defender la libertad y los derechos del pueblo.

Esperábanle nuevos honores en los jacobinos: las mujeres habían preparado un gran número de coronas, y el presidente le ofrece una, mientras que un niño de cuatro años, subido en la mesa, le ciñe otra en la cabeza; pero Marat desvía las coronas con insolente desdén y exclama: «Ciudadanos: indignado al ver que una fac-

ción malvada hacía traición á la república, he querido desenmascararla, y echarle la cuerda al cuello. Se me ha resistido, decretando contra mí una acusación; pero he salido victorioso. La facción queda humillada, aunque no aniquilada. No penséis en proporcionarme triunfos; absteneos del entusiasmo. Dejo en la mesa las dos coronas que acaban de ofrecerme, é invito á mis conciudadanos á esperar el fin de mi carrera para decidirse.»

Numerosos aplausos acogen esta desvergonzada modestia. Robespierre presenciaba este triunfo, despreciándole sin duda por ser demasiado popular y bajo; pero debía sufrir como todos el orgullo del triunfador. Terminadas las felicitaciones, apresúranse todos á entablar la discusión ordinaria, es decir, la que tiene por objeto purgar al gobierno, expulsando á los traidores, los rolandistas, los brisotistas, etc. Propónese para esto formar una lista de empleados de todas las administraciones y designar los que han merecido la destitución. «Dadme esa lista, dice Marat; yo señalaré los que deben salir ó conservarse, significándoselo después á los ministros.» Robespierre hace una observación, diciendo que los ministros son casi todos cómplices de los culpables; que no escucharán á la sociedad, y que es mejor dirigirse al comité de salvación pública, superior por sus funciones al consejo ejecutivo; y que por otra parte, la sociedad no puede comunicarse con ministros prevaricadores sin comprometerse. «Esas razones son muy frívolas, replica Marat con desdén; un patriota tan puro como yo podría ponerse en relaciones hasta con el diablo; yo me dirigiré á los ministros y les obligaré á que nos complazcan en nombre de la sociedad.»

Rodeaba siempre al virtuoso, al elocuente Robespierre, una consideración respetuosa; pero la audacia y el insolente cinismo de Marat admiraban é impresionaban á todas las imaginaciones ardientes; su repugnante familiaridad le atraía el favor de algunos matones del mercado, á quienes lisonjeaba aquella intimidad con el amigo del pueblo, y que siempre estaban dispuestos á prestar el auxilio de su brazo y su influencia en las plazas públicas.

La cólera de la Montaña provenía de los obstáculos que hallaba; pero éstos eran mucho mayores en las provincias que en París, y las contrariedades que iban á sufrir en el camino los comisionados enviados para acelerar el alistamiento, debían llevar muy pronto la irritación á su colmo. Todas las provincias estaban perfectamente dispuestas para la revolución; pero no todas la habían abrazado con igual ardimiento, ni llegaron tampoco á señalarse por tantos excesos como los de la ciudad de París. Las ambiciones ociosas, los hombres de carácter ardiente, los talentos superiores son los primeros que se lanzan en la revolución: una capital contiene siempre muchos más que las provincias, porque es el punto de reunión de todos los hombres que por su ambición ó independencia abandonan el suelo natal, la profesión y las tradiciones de sus padres; y por lo mismo debía producir París los más grandes revolucionarios. Situada por otra parte á poca distancia de las fronteras, y blanco de todos los ataques del enemigo, esta ciudad estuvo expuesta á mayores riesgos que ninguna otra de Francia: residencia de las autoridades, vió agitarse en su seno todas las grandes cuestiones, y los peligros y las contiendas se reunieron allí para produ-

cir los arrebatos y los excesos. Las provincias, que no se hallaban sometidas á las mismas causas de agitación, vieron con espanto tantos desmanes, participando de los sentimientos de la derecha y de la Llanura; y descontentas sobre todo del tratamiento que sufrían sus diputados, creían ver en la capital, además de la exageración revolucionaria, la ambición de dominar á Francia, como Roma dominaba en otro tiempo á las provincias conquistadas. Tales eran las disposiciones de la población tranquila, industriosa y moderada, respecto á los revolucionarios de París. Sin embargo, eran más ó menos pronunciadas según las circunstancias locales: cada provincia, cada ciudad tenía sus revolucionarios arrebatados, porque en todas partes hay espíritus aventureros y caracteres ardientes. Casi todos los hombres de esta especie se habían apoderado de los Ayuntamientos, aprovechándose para ello del cambio general de las autoridades, ordenado por la Asamblea Legislativa después del 10 de agosto. La clase inactiva y moderada cede siempre el paso á los que más se apresuran, y era natural que los individuos más violentos se apoderasen de las funciones municipales, las más difíciles de todas, y que exigían mayor celo y actividad. Los ciudadanos pacíficos, que constituyen el mayor número, se habían retirado á las secciones, donde iban algunas veces á dar sus votos y á ejercer sus derechos cívicos. Las funciones departamentales se conferían á los notables más ricos y más considerados, es decir, á los hombres menos activos y enérgicos. Por eso todos los revolucionarios ardientes estaban como atrincherados en las municipalidades, mientras que la clase media y rica ocupaba las secciones para el desempeño de las funciones departamentales.

Reconociendo el Ayuntamiento de París esta situación, quiso entablar correspondencia con todas las municipalidades; pero, según hemos visto, se lo impidió la Convención.

La sociedad madre de los jacobinos suplió esta falta con su propia correspondencia, y la relación que no había podido establecerse aún entre las municipalidades, existía entre los clubs, lo cual venía á ser equivalente, pues los hombres que deliberaban en los clubs jacobinos iban después á obrar en los consejos generales de los Ayuntamientos. Así, pues, todo el partido jacobino de Francia, reunido en las municipalidades y en los clubs, y correspondiéndose desde un extremo á otro, hallábase en presencia de la clase media, clase inmensa, pero dividida en una multitud de secciones, que no ejercían cargos activos ni se correspondían de ciudad á ciudad, formando sólo acá y allá clubs moderados y reuniéndose algunas veces en las secciones ó los consejos departamentales para dar un voto incierto y tímido.

Esta diferencia de posición era la que podía infundir en los revolucionarios la esperanza de dominar en la mayoría; esta última aceptaba la república, mas quería la pura y sin excesos; y en aquel instante, aun merecía el favor de todas las provincias.

Desde que las municipalidades, provistas de una policía terrible, y teniendo la facultad de hacer visitas domiciliarias, de buscar á los extranjeros y desarmar á los sospechosos podían vejar impunemente á los ciudadanos pacíficos, efectuóse en las secciones una reacción y reuniéronse para imponer á los Ayuntamientos; en casi